

echar barbas en remojo. Servíale cuando salía fuera á dejar lampiños, y á algunos señores, de paje de bacía y de mozo de estuche, y en la tienda, de calentar el agua y de atizar la fogata. Hacíame que asistiese todo el día en ella y que tuviese cuenta en aprender á rapar zaleas y alzar criminales, ocupando los ratos perdidos en leer unos libros que tenía de cirugía. Y por no darme á conocer, aunque ya era bien conocido de mi amo, acudía á todo con mucha puntualidad, y mas los primeros días, porque se dijese por mí aquello de cedacito nuevo. Pareciendo al cabo de algunos días á mi amo que ya sabía algo del oficio, por lo atento que me veía estar siempre á los tormentos de agua y fuego, me mandó quitar el cabello y barba á un pobre, que había llegado á pedirle una rapadura de limosna; que en las cabezas y rostros de los tales siempre se enseñan los aprendices, porque llueva sobre la poca ropa. Hícele sentar sobre una silla vieja reservada, y de respeto, para gente de poco pelo. Púsele por toalla un cernedero de colar lejía, y sacando de un cajón de los principiantes unas tijeras, poco menos que de tundidor, y un peine, desperdicio de algun rocío rodado, me acerqué á mi paciente, y diciendo en nombre de Dios, por ser el primer sacrificio que hacia, empecé á tirar tijeretadas á diestro y siniestro; mas viendo la poca igualdad que llevaba y que estaba el cabello lleno de escalones y con mas altas y bajas que ajojamiento de capitán, traté de esquilillo como á borrego y rapaterron. El me pedía que fuese sobre peine, y yo lo hacia sobre casco. En efecto, yo le empecé á trasquilar como á pobre, y despues lo esquilé como á carnero, y lo atusé como á perro lanudo. Tentóse el cuitado la cabeza, y hallando su lana convertida en calabaza, desierta la mollera y calva toda la cholla, me dijo: Señor mancebo, ¿quién le ha dicho á vuesa merced que tengo gana de ser buena boyá para raparme de esta manera? Respondíle que aquello era nueva moda venida de Polonia y Croacia, con la cual gozaria de mas limpieza, y se saldrian mas bien los malos humores de la cabeza; y que si acaso era amigo de traer cabellos largos, le volverian á crecer á palmas, por habérselos quitado á raíz y en creciente de luna; y encajándole otra media luna de la margen de una bacía vieja, llena de agua fria, en el empañado pescuezo, que le pudiera servir de argolla, ya que lo tenía á la vergüenza, despues de haber empapado las bedijas, encajado la barba y héchole mil mamonas, le enjaboné los carrillos tan aprieta y tan apretadamente, que en poco espacio pudiera ser por la abundancia de espuma, ó madre de Venus, ó mula de doctor. Sobajéle las barbas, ajéle los bigotes, rasquéle las mejillas, lavéle los labios, y despolvoréle las narices; y mi dos veces pobre, agarrado á su bacía el hocico, cerraba y hacíame mas gestos que una mona. Quitéle la bacía, sacudíle los dedos, y limpiándole mas de dos libras de natas ó requesones frescos, lo volví de blanco aleman en tostado africano. Tomé un hocico ó navaja, y empecé, no á cortar, sino á desgajar lana de aquel soto de barba, cuya espesura pudiera ser habitación de silvestres animales. Llevaba

hacia abajo los cueros, y no los pellejos; y como yo no tenía el dolor, apretaba mas la mano, por dar fin á la obra y acreditarme en breve con mi amo, que desde el principio de este prodigio le habían venido á llamar para hacer una sangría, y estaba ausente de la tienda. Era tan mal inclinada la navaja, que cortaba la carne y no la barba. Yo, viendo que mi parroquiano tenía todo el rostro como zapato de gotoso, y que estaba teñido en la sangrientalidad, volvíle á dar otra agua, porque no se despeñase el rojo licor, y se descubriese el defecto del no viejo y lo borazo de las armas; limpiélo muy bien, y por ver que proseguian las corrientes, entré en mi aposento, y saqué un gran puñado de telarañas, y muy al descuido fui tapando las pequeñas grietas hechas en aquel rostro de peñasco y las que cada instante le iba haciendo. El, no pudiendo soportar el dolor, me dijo: Mancebito, mancebito, ¿raspa, ó degüella? Respondíle: Señor mio, lo uno y lo otro hago, porque la barba de usted es mas dura que una roca, y es menester pasar cochura por hermosura. Yo estaba temblando de que viniese mi amo y le viese la horrenda figura que tenía, pues su rostro mas era tapicería de arañas que cara de cristiano, porque eran tantos los lunarés que le había puesto, que á habérselos visto á la luna de un espejo quedara lunático ó frenético. Yo, viendo que mis principios mas eran de carnicerio que de barbero, saqué del estuche de mi maestro una de sus mejores y mas cortantes navajas, con la cual empecé á bizarrear y hacer riza en aquella barba boba, que harto lo era el dueño, pues pasaba tantos martirios á pié quedo, sin estar en tierra del Japon. Quiso la mala suerte, que siempre huyendo de los ricos da en seguir á los pobres, que al tiempo que lo iba enjordanando y quitándole veinte años de edad, tropezó la navaja en uno de los remiendos ó tacones que le había puesto, y embarazándose en la tela de araña, no quiso pasar adelante, por lo cual me obligó á apretar la no ligera mano; y dando un grito el doliente, quisose levantar, por lo cual fué fuerza y mandamiento de apremio cruzarle no mas de la mitad de la cara, que la otra mitad la tenía él cortada, y presumo que no por bueno; y así por verlo pobre, le hice amistad de emparejarle la sangre. Mas viéndole en pié y con un sepan cuantos, como mazo de golpe, y que por el rastro que dejaba podía caminar Montesinos, salíme á la calle, metíme en el palacio del sobrino Barberino, diciendo entre mí: Ahora que estoy libre ande el pleito.

Llegó mi amo á esta ocasion, halló al pobre dando sollozos, la casa llena de vecinos, y la puerta de mequetrefes. Dijéronle la causa del rumor y lo mal parado que estaba el herido; y él, apartando la gente, se llegó al caballero cruzado, y viéndole la cara tan llena de pegatostes que parecia niño con viruelas, perdió el enojo, y rebozándose con la capa, no se atrevia á acudir al remedio, por no descubrir el chorro de la risa, la cual se le aumentó mucho mas cuando vió que al ruido había acudido la mujer de aquel sin ventura, que era vecina nuestra, y que dándole el pésame las demás, decia que

sin duda se burlaban, porque aquel hombre no era su esposo, ni ella había estado tan dejada de la mano del Señor que había de haber escogido tal monstruo por marido. Dió mi amo fin á sus gorgoritas de alegría, y desembarazándose del ferrerueto, le zurció el gemo de abertura; y por no ser hombre que repara en puntos, le dió docena y media de ellos. Echó toda la gente fuera, y quedándose solo con el herido y con su mujer, que ya lo había conocido por señas que le había dado y por el metal de la voz, envió á llamar á mi padre, el cual, imaginando que lo llamaban para remediar alguna travesura mia, de que no se engañaba, acudió al momento, y viendo aquel espectáculo horrible, con ser hombre muy severo, no dejó de sonreirse en poco. Trataron los dos de quitar y contentar aquella figura de león de piedra que tenían delante, porque no se querellase y diese queja á la justicia; y saliendo mi maestro á curarlo y darlosano, y ofreciéndole mi padre diez escudos, quedó muy contento y se retiró á su casa. Supo mi maestro adónde yo estaba, y trayéndome á la suya, despues de haberme reñido muy bien, me dió por castigo, como al fin mi juez competente, suspension de oficio en el desbarbar, por tiempo de un mes, en cuyo término estudiaba algunas veces en los libros de cirugía, teniendo de los correspondientes de la tienda algunos provechos de limpiarles los sombreros, para lo cual había comprado una escobilla á mi costa, y quitarles los pelos de las capas, echándoselos yo muchas veces encubiertamente, para obligarles á ofrecer.

Acacé á traer á la tienda, antes que se acabara el mes de la suspension, un muchacho, hijo de un mercader, para que le cortaran un poco del cabello y que le emparejasen las guedejas. Díjele á mi amo que pues no estaba aquel arte en la suspension de oficio, que decretara en darme licencia y facultad. Vino en ello, y quiso hallarse presente, temeroso de lo pasado. Y para poder adestrarme, empecé con lindo aire á correr la tijera por encima de la dentadura de un terso y bien labrado marfil y á echar en tierra escarchados hilos de oro, acabando con tal presteza y velocidad, que mi amo me dió el parabien de ser tan buen oficial, y apenas se apartó de mí satisfecho de que ya no erraria en nada, cuando metiendo todo el cuerpo de las tijeras en una guedeja del tierno infante para despuntársela, no acordándome que tenía orejas y pensando que todo el distrito que cogian las dos lenguas aceradas era madeja de Absalon, apreté los dedos, y dejélo hecho un Malco, un ladrón principiante y una barona posta. Dió el muchacho una voz que atronó la tienda, y tras de mil ayes un millon de gritos; corríle la cortina del cabello, y viendo la oreja medio cortada dije: Cuerpo de tal, ¿aquí estais vos, y no hablais? Preguntóme el maestro que qué era lo que había hecho. Yo le respondí que no era nada, que aquel rapaz se quejaba de vicio; que me dijera en qué parte tenía la cola con que pegaba la guitarra, para pegarle con ella media oreja que le había echado en tierra. Mi amo, oyendo esto y viendo la sangre que le corría, llegóse á él, y considerando una tan gran lástima, cerró

conmigo y díome poco mas de cien bofetadas, y poco menos de cincuenta coces. Y pienso que el no aumentar el número fué por dolerle los piés y haberse lastimado las manos. Curóle la oreja, y empapelando el retazo de ella, lo llevó de la mano á casa de su padre, al cual se satisfizo diciéndole que aquello había sido una desgracia, sin que se hiciese á mal hacer, y que ya me había castigado por ello tan bien, que me dejaba medio muerto. El mercader, viendo que ya aquello no tenía remedio y que era falta que se encubria con el caballo, y que el castigo que él merecia lo había venido á pagar su hijo, despidió á mi amo con mucho agrado, y á mí me concedió perdon.

Quedó tan escarmentado mi maestro de ver en mí tan malos principios, que temiendo que fuesen peores los fines, jamás me quiso ocupar en dejarme afeitár á ninguna persona de importancia; solo me empleaba en los de grátis y en los peregrinos pobres, los cuales llegaron á ser pocos y á disminuirse, porque él que una vez se ponía en mis manos no volvía otra, aunque anduviese como ermitaño del yermo. Y con todos estos defectos me tenía yo por uno de los mejores cirujanos que había en Roma y por el mejor barbero de Italia, y fué tanta mi presuncion y desvanecimiento, que me persuadí á que yo solo con lo que sabía podría sustentar mi persona y traerla muy lucida y aun servida de criados. Y por verme fuera de dominio y enfadado del poco caso que se hacia de mí, cogiéndole á mi amo las mejores navajas y tijeras y una bacía y los demás aderezos de pelar lechones racionales, me salí tercera vez de Roma, á la vuelta de Nápoles, en cuyo camino y posadas de él pasé plaza de barbero apostólico, examinado en la corte romana. En efecto, trasquilando postillones y rapando percacheros, di fin á mi viaje. Llegué á aquella corte, que por ser primer Chipre y segundo Samos, le dan por renombre la Bella. Fuíme derecho á Santiago de los españoles, que estando á título de hospital, es un auxilio y amparo de los de esta nacion y un edificio suntuoso. Hablé con el doctor de él acerca de acomodarme, el cual se llamaba Cañizares, de quien fui remitido á Juan Pedro Folla, que entonces ejercia el oficio de cirujano mayor. Dí á entender ser barbero y cirujano examinado, y no de los peores en aquel arte, el cual me recibió para ser enfermero y uno de sus ayudantes.

Empecé á hacer las guardias á los dolientes, conforme me tocaban, tanto de dia como de noche, acudiendo á darles lo que les ordenaba el doctor y lo demás que necesitaban. Ofrecióse una sangría el mismo dia que entré en la dignidad, y el cirujano, por hacer prueba de mí, me la encomendó. Yo, llegando á la cama del enfermo, le arremangué el brazo derecho, y estregándoselo suavemente, le dí garrote con un listón de un zapato que había pescado á una moza de un ventorrillo en el discurso del camino. Saqué la lanceta, y por haber leído cuando andaba trashojando los libros de mi postrer amo, que para ser buena la sangría era necesario romper bien la vena, adestrado de ciencia y no de experien-

cia, la rompí tan bien, que mas pareció la herida lanzada de moro izquierdo que lancetada de barbero derecho. Al fin salí tan bien de ella, que solamente quedó el doliente manco de aquel brazo y sano del izquierdo, por no haber llegado á él la punta de mi acero, de que Dios libre á todo fiel cristiano. Quejose á Juan Pedro Folla, el cual habiendo reconocido la sangría y visto que dejaba el brazo estropeado, me dijo que si me habia examinado de albéitar ó de barbero. Respondíle que del cansancio del camino traia alterado el pulso, y que esto habia sido la causa de no dar satisfaccion de mi persona, pero que á la segunda habria enmienda; porque, como decia el doctor Juan Perez de Montalvan en su libro cómico: De dos la una, no se yerra en el mundo cosa alguna. Mas perdóneme su cadáver, que él tambien se erró en escribir esto; porque á la deciochena sangría hice lo mismo, sin haber acertado ninguna en las demás.

Habia entrado un soldado de los adocenados de bravo y rumbo á curarse de unas tercianas; y porque le asistiese con cuidado en su enfermedad, me habia dado un real de á cuatro, y quiso su pecado que me tocó estar de guardia el dia de su purga. Viéndose fatigado de sed, imploró mi auxilio, confiado en el plateado unto. Yo, haciendo desvíos de sabio doctor, y ademanes de ministro roto, me cerré de campaña á su demanda, y él, representando conmigo el auto de Lázaro y del Rico avariento y sacando la lengua como jugador de rentoy y seña de malilla, me tenia fatigadas las orejas; mas viéndome inmóvil á sus voces y endurecido á sus quejas, haciendo duelo lo que era piedad, y pareciéndole des crédito de su persona no darle lo que pedia, habiéndome cohechado para que le asistiese y sirviese, me dijo: Señor estornudo de barbero y remendon de cirujano, trate por su vida mitigar mised; porque sino, yo le prometo que demás de que no me lo irá á penar al otro mundo, dé cuenta al mayordomo de este hospital de los sobornos que recibe á los que entran á curarse con él. Yo le respondí que se reportara, que por mirar por su salud me habia excusado, pero que yo le cumpliría de justicia. Bajé abajo, y subiéndole encubiertamente un jarro con cuatro potes de agua fria, y metiéndoselo debajo de la cama, le dije: En acabándose ese recado, vuesa merced avise, que será servido en todo y por todo. Tomó al proviso el canjilon, y alzando á menudo los codos, á pocas idas y venidas le dió fondo, y descubrió el suelo, mirando hácia la parte donde yo me estaba paseando y diciendo: Dios te consuele, pues me has consolado el alma; por cuya consolacion dentro de media hora pasó la suya de este mundo al otro. Vive Dios que reviento por desbuchar aquí los males que causa untar como brujas; pero allá se lo haya Marta con sus pollos. Escondí el malhecho; dije que habia muerto de repente, pero con todos sus sacramentos; diéronle sepultura.

Tenia por flor que todas las veces que me tocaba repartir los consumados, que ordinariamente se dan á las doce de la noche, de tal modo me alegraba, siendo

pecador, que de veinte que me entregaban, los multiplicaba en treinta, y con una santa caridad y amor á los prójimos cobraba contribucion de los diez. Sucedióme una noche que estaba de guardia visitar á menudo á un estudiante, por verlo que estaba muy fatigado y lleno de bascas; y como mis ojos eran lince, y mis manos barrederas, al tiempo de alzarle la cabeza para que arrimase el cuerpo á ella, por ver si de aquella suerte podia mitigar una tos que le ahogaba, columbré una bolsa que tenia debajo de la almohada, con doce doblas por piedra fundamental, y cincuenta reales de á ocho por chapitel. Reconocí que estaba alerta á la buena guardia, y así dilaté el lance para mejor ocasion; y porque no se sospechase en mí, despues de cumplida mi pretension, me puse á lo largo como compañía de arcabuceros; y por sobrevenirle unos desmayos mortales, me dieron muchas voces los enfermos que estaban mas cercaños á su cama, diciéndome que acudiera presto á ayudar á bien morir á aquel licenciado y á traerle un confesor. Yo, viendo que se llegaba la hora en que él diese cuenta á Dios, y yo tomase cuenta á su bolsa, envié con un compañero mio á que le trajese el capellan mayor, y yo haciendo del hipócrita desalado, mas por el dinero que por el medio difunto, me eché de bruces sobre la cabecera, y diciendo: Jesus, María, *in manus tuas, Domine, commendo spiritum meum*, le iba metiendo la mano debajo de la cabecera; y al instante que agarré con la breve mina de tan preciosos metales, la fuí conduciendo á mi faltriguera, volviendo á repetir: Jesus, Jesus, Dios vaya contigo. Pensaban los circunstantes que el Dios vaya contigo lo decia al enfermo, siendo muy al contrario, porque yo lo decia á la bolsa, por el peligro que corría desde la cabecera hasta llegar á ser sepultada en mis calzones. Llegó el confesor, y hallándome muy ronco y fatigado de ayudarle á bien morir, me tuvo de allí adelante en buen concepto, y agradeciome la caridad. Sentóse sobre la cama del enfermo á oírle de penitencia, porque aun tenia su alma en su cuerpo, y sus sentidos muy cabales; porque yo solamente era el que apresuraba su vida, por dar fin y muerte á su dinero. Fué Dios servido que estando en la mitad de la confesion, le dió un paraisimo tan terrible, que á un mismo tiempo lo privó de sentido y de vida. Yo acudí con toda voluntad al difunto cadáver, mientras que lo mudaron de la cama de madera á la cuna de tierra, y despues le hice decir un par de misas; y por ser cuando di la limosna para ellas despues de haber almorzado y cargado de delantero, mandé que fuesen de salud, que estas obligaciones me corrian, por haber quedado su legitimo heredero, sin cláusula de testamento. Abrí aquella mañana la bolsa, y habiendo registrado las tripas de ella, la metí en el lado del corazón, y di por bien empleadas las voces y la mala noche.

Viéndome pues con tanto dinero y en vida tan estrecha, que apenas tenia hora de sosiego ni lugar de echar y derribar con gente de toda broza, pretendí comodidad con mas ensanchas; y audando con este presupues-

tó, me salí una tarde á desfendar al muelle de aquella ciudad. Estando despacio contemplando tan lindo sitio, pasó á este tiempo por junto á mí mi amo el alferez don Felipe Navarro de Piamonte, á quien serví en la embarcacion de levante. Conocíle al punto, y lleguéle á hablar y á ofrecerme de nuevo á su servicio, y á contarle en lo que me ocupaba en aquella corte. Holgóse mucho de verme, y díjome cómo era alferez de la compañía del maestro de campo don Melchor de Bracamonte, y que estaba de partida para Lombardia, para cuyo efecto se habia hecho aquel tercio; que si queria volver á ser su segundo alferez, y esguazar como de primero, que me llevaria de buena gana. Yo, por ver á Milan y por salir de la clausura en que estaba, y no ser ayala de muertos y centinela de enfermos, y pareciéndome mucho mejor el son de las cajas que el de las flautas ó jeringas, dejé el oficio de arrendajo de cirujano, y tomé el de abanderado. Embarcámonos en una escuadra de galeras, y sin suceso adverso ni cosa memorable llegamos á Lombardia.

Estuvimos alojados en una villa, que se llama la Costa, comiendo á costa del patron y diciendo aquello de, huésped, máteme una gallina, que el carnero me hace mal. Eché de ver que aquella vida era mejor que la de cirujano, si durase siempre estar sobre el villano. Mandaron á mi tercio que marchase á los Países-Bajos, cuya nueva me dejó sin aliento, por ser camino tan largo, y que lo habiamos de caminar en mulas de san Francisco. Estaba en mi compañía un soldado que habia servido en aquellos estados en tiempo de treguas; y para informarme de él qué tierra era adonde nos mandaban ir, lo convidé á beber dos frascos de vino en una ermita del trago; y despues que estaba como el arca de Noé, habiéndole yo dicho como estaba de camino para ir á ver la gran corte de Brusélas, me dijo lleno de vagnidos de cabeza y de abundancia de erres: Camarada del alma, tome mi consejo, y haga lo que quisiere, pero á Flándes, ni aun por lumbre, porque no es tierra para vagamundos, pues hacen trabajar los perros como aquí los caballos; y tan helada y fria, que estando yo un invierno de guarnicion en la villa de Güeldres, tuve una pendencia con un soldado, de nacion albanés, sobre cierta metresa; y habiendo salido los dos á la campaña y metido mano á nuestras lenguas de acero, ayudado yo de mi destreza, le hice una conclusion, y con una espada ancha de á caballo que yo traia entonces le di tal cuchillada en el pesuezo, que como quien rebana hongos di con su cabeza en tierra, y apenas lo vido don Alvaro de Luna, cuando quedé turbado y arrepentido; y viendo que palpitaba el cuerpo, y que la cabeza temblaba, la volví á su acostumbrado asiento, encajando gaznate con gaznate, y venas con venas, y helándose de tal manera la sangre, que sin quedar ni aun señal de cicatriz, como aun no le habia faltado el aliento, volví el cuerpo á su primer ser y á estar tan bueno como cuando lo saqué á campaña, y la cabeza aun mas firme que antes. Yo, atribuyéndolo mas á milagro que á la zurcidura y brevedad de la pegadura, lo levanté de

tierra, y haciéndome su amigo, lo volví á la villa, y llevé á una taberna, donde á la compañía de un par de fogotes nos bebimos teta á teta media docena de potes de cerveza, con cuyos estufados humos y bochornos de los fulminantes y abrasados leños se fué deshelando poco á poco la herida de mi compañero; y yendo á hacer la razon á un brindis que yo le habia hecho, al tiempo que trastornó la cabeza atrás para dar fin y cabo á la taza, se le cayó en tierra como si fuera cabeza de muñeco de alfeñique, y se quedó el cuerpo muy sosegado en la misma silla, sin hacer ningun movimiento; y yo, asombrado de ver caso de tanta admiracion, me retiré á una vecina iglesia. Diéronle sepultura al dos veces degollado, y yo, viendo el peligro que corría si me prendiesen, me salí de Güeldres en hábito de fraile, por no ser conocido de la guardia de la puerta; y pasando muchos trabajos llegué á este país, que aunque es frio, no tiene comparacion con el otro, como vuesa merced echará de ver en lo que en buena amistad le he contado. Agradeciéle el aviso, y di tanto crédito á su fábula de Esopo, que incité á la mitad de mi compañía á que fuésemos á buscar tierra caliente, y cargando con quince tornillos novillos, amadrigados del cuartel de Nápoles, los llevé á la vuelta de Roma á que hiciesen confesion general, y á que ganasen indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. Llegamos á ella, unas veces pidiendo y otras tomando, y las mas cargados de monsieur de la Paliza. Apartéme de la tal compañía, y encontrando con un amigo mio, me informé cómo mi padre habia ido á Palermo á cobrar un poco de dinero que le debia un criado del duque de Alburquerque, que en aquella ocasion era virey de Sicilia. Celebré la buena nueva, y entréme con mucho desembarazo en mi casa, haciéndome absoluto señor de ella.

Recibiéronme mis hermanas muy tíbiamente, mirándome las dos con caras de probar vinagre, dándome cada dia en cara mis travesuras y los cien ducados que habian pagado por mí á mi segundo maestro. Hacíame regalar como á mayorazgo de aquella casa, estimar como heredero de aquella hacienda, y respetar por haber nacido varon. Tenia con ellas mil encuentros y rebates cada dia, particularmente porque me aguaban el vino, bebiéndolo ellas puro. Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, echando el bodegon por la ventana, y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda y todos sentados á ella; dándole á la mayor con los platos, y á la menor con el frasco, y echando á rodar la mesa, las dejé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi hospital de Nápoles, donde haciendo la gata muerta, y dando por disculpa de mi ausencia cuatro mil enredos, fui segunda vez admitido; y teniendo nuevas á los primeros dias de mi ejercicio de que mi padre habia muerto en la ciudad de Palermo, por no meterme en costa de lutos ni dar que mormurar á mis superiores, me embarqué para Sicilia, con mas intencion de aprovecharme de la herencia

que de hacer bien por su alma. Lléveme bien con los albaceas, y viendo el testamento, hice yo mi negocio, y ellos su agosto. Vendílos y algunos muebles que había dejado, y con el dinero que saqué de ellos empecé á ser iman de los de la hoja, y norte de los de la hampa, los unos yesca para galeras, y los otros pajuelas para la horca, y todos juntos tea para el infierno. Viendo que me comían de polilla y que eran carcomas de mi corta herencia, los dejé con la miel en los labios, por ver que mi bolsa iba dando la hiel.

Traté de acomodarme en casa del Virey; y por haber sido mi padre muy conocido de todos los criados de aquella casa, fui recibido por mozo de plata en ella. Acudían á verme y darme el parabien toda la amontonada valentía; y yo, por darles á entender lo sobrado que estaba, les sacaba á todos el vientre de mal año. Fueron tan á menudo estas visitas, que con andar yo cuidadoso, como aquel que conocía la genticilla de aquel arte, que en menos de tres meses me faltaron algunos talleres de plata, y aun anduvieron conmigo comedidos, pues no se llevaron los demás. Sabiendo su excelencia la buena cuenta que había dado de lo que se me había entregado, y que á aquel paso presto daría fin de toda su vajilla, habiéndose satisfecho no ser yo el que había hecho el tiro, sino aquellos honrados que me venían á visitar, y que yo no tenía con qué satisfacer la pérdida, mandó despedirme, y que me aconsejaran que me apartara de la compañía de gente tan pernicioso. Salí de palacio muy bien puesto, por los grandes provechos que tenía y por tirar plaza de soldado en una compañía que tenía sesenta soldados efectivos para entrar la guardia, y ciento y cincuenta para el día de la muestra. Harto pudiera decir acerca de esto, pero me dirán que quién me mete en esto ni en gobernar el mundo, teniendo doctores la Iglesia.

En este tiempo estaba de partida un delegado de esta corte á hacer una ejecucion sobre cierta cantidad de dinero dentro del reino, y viéndome tan bien adornado y que había sido criado de un virey, me nombró por su alguacil, y llevó consigo; saliendo de la ciudad y caminando hasta que llegamos adonde íbamos á caballo, con botas y espuelas, y armas ofensivas y defensivas y vara alta de justicia, que parecía en mí de varear bellota. Iba delante de tal juez, y de tal suerte llevaba el rey en el cuerpo, que daba á todos una voz, y á un ven acá pagaba en las hosterías no mas de aquello que me parecía. Habiendo fenecido nuestro viaje, prendí el primer día que llegamos tres labradores, en virtud de mi comision, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender; y con ser su causa civil, les hice echar grillos y cadenas y meter en calabozo hasta tanto que pintaron y pidieron misericordia. Banquetearonme un día los parientes de estos prisioneros porque intercediese por ellos con el legado. Hice en el convite tantas razones, que quedé sin ella, prometiéndolos soltar dentro de una hora; y dando muchos traspiés, con ser la tierra llana, me fui á la posada, y le pedí á mi juez competente que soltase aquellos desdichados,

porque no tenían con qué pagar, y que el que no tiene, el rey le hace libre. Echó de ver el mal que traía, y preguntóme por verme inquieto que si me había picado la tarántula. Yo le respondí que aprendiese á hablar bien ó que yo le enseñaría; que él solo era el tarantulero y el atalantado y el hijo de Atalanta. El, riéndose de mí, se me acercó, y alargando la mano, me tomó la barba, y hizo en ella presa. Yo, agraviado de aquello, pareciéndome que era menosprecio y atrevimiento grande á un alguacil real, agarréle de los cabezones, y pidiendo favor á la justicia y dándole recios enviones para llevarlo á la cárcel, le hice tirar la valona, y le desabotoné la ropilla. El al principio lo llevó en chanza, por ver que no obraba yo, sino mi criado; mas despues, viéndose ultrajar delante de mucha gente que ocurrió á mis voces, se enojó como un Satanás, y quitándome la vara, me hizo pedazos el rey en los cascotes. Tuve dicha en que fuese delgada, que á no serlo, daba fin de su nuevo ministro. Volvíme á pié y apelando á Palermo á acumular la resistencia; y advirtiéndome cuando se pasaron los terremotos de la cabeza haber sido yo el culpable, me quité de historias, y me volví á juntar con mis valientes. Hicieronme salir una noche en su compañía, cosa que jamás había hecho, en la cual uno de ellos, haciendo el oficio de san Pedro, abrió una puerta, y por aligerar de ropa á su dueño, lo dejaron sin baules. Fueron sentidos de las centinelas de unos gozques, y saliendo toda una familia en su seguimiento, les obligaron á dar con la carga en tierra, y á darles á los que los seguían un refresco de cuchilladas. Yo, que estaba temblando de miedo antes del hurto y en el hurto y despues del hurto, y siempre apartado de ellos, y pesoso de no haber conocido su modo de vivir antes de salir de mi posada, para no haberme puesto en aquel riesgo, viendo á mis compañeros huir y á los heridos volverse á sus casas á curar, metiendo los lamentos en el cielo, por no hacerme hechor, no lo siendo, me estuve quedo y tan cortado, que cuando me quisiera ir, es cierto que no pudiera. Acudió al ruido de las voces la justicia, y hallando tres baules en la calle, y cuatro hombres bien heridos, y yo no muy lejos, me llegaron á reconocer; y confiriendo de mi turbacion que era de los que habían hecho el daño, sin valerme el alegar haber servido al Virey ni sido alguacil ejecutor del legado, me llevaron por mis piés, que aun no tuve ventura que fuese en volandas, adonde hice experiencia de amistades y prueba de amigos, saliéndome todo como yo merecía. Tomáronme otro día la confesion, y por variar en las preguntas que me hicieron y contradecirme en los descargos, me sentenciaron á *sursum corda* y encordacion de calabaza. Mas antes que cantase aquello del potro rucio, por tener atencion que había servido al Duque mi señor, me condenaron á salir desterrado; poniéndome en libertad. Y sacándome fuera de las puertas de Palermo, encaminéme á Nápoles, y escarmentado de la causa de mi destierro, me junté así que llegué con otra tropa, aun peor que la referida.

Fuímonos á bañar una noche al muelle, y á la vuelta, queriendo dar garrote á una reja, pasaron dos ciudadanos, y por quererlos descabijar y dejar sin nubes, dieron gritos: Guardia, guardia. Desmayó toda la gavilla, viendo venir al socorro una escuadra de soldados de la garita de don Francisco; huyó la gente de la carda, y yo en vanguardia de todos. Fuímonos á la posada; hallámosla abastecida de pavos de Indias, que había traído otra patrulla que había salido del mismo cuartel. Comí con ellos con sobresalto, dormí sin ellos con desasosiego, y á la mañana echéles la bendicion; y por verme libre de justicia, que cada instante pensaba que me venían á prender para que escotase los pavos, senté plaza de soldado de á caballo en la compañía de don Diego Manrique de Aguayo. Estábame siempre muy de asiento en Nápoles, buscaba soldados para mi compañía, dábame mi capitán á dobla por cada uno, los cuales embaucaba y daba á entender para conducirlos dos mil emblecos, y otros tantos al capitán para encarecerle la cura y el trabajo y gastos, aun no imaginados, del oficio de la corredería; con que demás de quedarse agradecido, añadía nuevos socorros á lo capitulado. Ibame los viérnes y los sábados á la marina, adonde por aprendiz de valiente estafaba la mayor parte de sus pescadores; traía alborotado el cuartel con trapazas, enredadas sus damas con tramoyas, cansadas sus tabernas con créditos, y el chorrillo y guantería con fianzas, de suerte que de todos me hacía conocer, y con todos campaba y á todos engañaba. Y temiendo que se desornase la flor y se acabase el crédito y dinero, dejando á muchos llorando por mí y no por fuerza de voluntad, hallando embarcacion para España, me embarqué secretamente y di con mi cuerpo en Barcelona.

CAPITULO IV.

De cómo llegó á España, y viaje que hizo á Zaragoza, Madrid, y peregrinaje á Santiago de Galicia, y otros ridiculos sucesos que le pasaron en Portugal y Sevilla, hasta que entró á ser mozo de representantes.

Despues de haber llegado á Barcelona, estuve en ella algunos días por descansar de la larga embarcacion, y al cabo de ellos fui acompañando hasta Zaragoza á una dama, con quien había hecho conciencia por haber posado los dos en una misma posada, la cual era en sí tan generosa y tan amiga de agradar á todos y de no negar cosa que le pidiesen, que en virtud de los regalos y mercedes que me hizo por el camino, comí dos meses de balde en el hospital de Nuestra Señora de Gracia, que es uno de los mas ricos de España, y adonde con mas abundancia se les regala. Despues de salir de la convalescencia, me metí en un carro cargado de frailes y de mujeres de buen vivir; carga de que jamás han ido ni van faltos. Fuíme con él á Madrid, por la noticia que tenía de ser esta villa madre de todos. Llegué á la que es corte de cortes, leonera del real leon de España, academia de la grandeza, congregacion de la hermosu-

ra, y quinta esencia de los ingenios. Al segundó dia que estuve en ella me acomodé por paje de un pretendiente, tan cargado de pretensiones como ligero de libranzas. Dábame diez cuartos de racion y quitacion, los cuales gastaba en almorzar cada mañana, y lo demás del dia estaba á diente como haca de buhonero, siendo, á mas no poder, paño veinticuatro. Comía mi amo tarde, por ser costumbre antigua de pretendientes; y era tan amigo de cuenta y razon, peso y medida, que comía por onzas, y bebía por adarmes; y tan amigo de limpieza, que pudo blasonar no tener paje que fuese lameplatos, porque los dejaba él tan lamidos y escombrados, que ahorra de trabajo á las criadas de la posada.

Viéndome sin esperanza de librea y con posesion de sarna y las tripas como tranchabito, traté de ponerme en figura de romero, aunque no me conociese Galván, por ir á ver á Santiago de Galicia, patron de España, y por ver la patria de mis padres, y principalmente por comer á todas horas y por no ayunar á todos tiempos. Dejé á mi amo, vestíme de peregrino con hábito largo, esclavina cumplida, bordon reforzado y calabaza de buen tamaño. Fui á la imperial de Toledo, centro de la discrecion y oficina de esplendores, adonde despues de haber sacado mis recados y licencias para poder hacer el viaje, me volví por Illescas á visitar á aquella divina y milagrosa imágen; y dando la vuelta á Madrid, me partí en demanda del Escorial, adonde se suspendieron todos mis sentidos, viendo la grandeza incomparable de aquel suntuoso templo, obra del segundo Salomon, y emulacion de la fábrica del primero, olvido del arte de Corinto, espanto de los pinceles de Apeles, y asombro de los cínceles de Lisipo. Diéronme sus reverendos frailes limosna de potaje y caridad de vino, piedad que en ellos hallan todos los pasajeros. Partí de allí á Segovia, y habiendo descansado tres días en su hospital, pasé á la ciudad de Valladolid; juntéme en ella con dos devotos peregrinos, que hacían el propio viaje, y eran, cuando no de mi cantidad, por lo menos de mi calidad y costumbres. Era el uno francés, y el otro genovés, y yo gallego romano; y todos tan diestros en la vida poltrona, que podíamos dar papilla al mas entendido gitano; y en efecto trinca, que se escaparon muy pocos de nuestras garatusas. A las primeras vistas nos conocimos los humores, como si nos hubiéramos criado juntos; y al fin, por conformidad de estrellas ó concordancia de inclinaciones, hicimos liga y monopodio de ir á pérdida y ganancia en todos lanceos que nos podían suceder en esta jornada, guardando las leyes de buena compañía; y para que mejor las observásemos, el genovés, como hombre mas experimentado, con tono fraternal nos informó en las ceremonias y puntos de la vida tunante. Doróla con tantos epítetos y atributos, que por gozar de sus excepciones y libertades, dejara los títulos y grandezas del mayor potentado de Europa. Acabó el Cicerón á lo pícaro su compendiosa oracion, que además de ser gustosa penetró de tal manera nuestros corazones, que no hubo punto, por delicado que fuese, que no nos obligásemos á repetirlo y á ejercitar-